

XVI.

Mi posición en Mauville se hacía cada vez más difícil y penosa. Fanny no amaba á su marido, y había cometido la imperdonable ligereza de casarse con él por despecho, al ver que sir Ricardo (de quien Fanny se había enamorado durante unas semanas que éste pasó en el castillo) no había vuelto á cumplir la palabra de casamiento dada á mi amiga durante sus cortos amores. El marqués que estaba enterado de todo, suplicaba á Fanny que se decidiese en favor suyo, afeando la conducta de sir Ricardo, hasta que por fin ella se decidió y entregó su mano al marqués.

Yo no aprobé esta conducta, porque presentía que había de traer grandes desgracias. El marqués era celoso hasta la exageración, y su mujer tan imprudente como él celoso, pues escribía á sir Ricardo, á quien no había dejado de amar, y aunque sus cartas eran inocentes entonces, no por eso dejaban de ser peligrosas. Quiso tomarme por intermediaria y confidente, á lo cual me negué. Fanny se quejó amargamente, diciéndome que no la

amaba como ella á mí, y hasta me dijo en un momento de cólera que tenía celos de ella porque estaba, como todas las mujeres de la casa, incluso su madre política, enamorada de sir Ricardo. No digo que no hubiera en esto algo de verdad; pero por lo que hace á mí era completamente falso. Cuando Fanny me dijo aquellas palabras ofensivas, ya nos amábamos tu padre y yo, y á los pocos días nos dirigimos á Burdeos en compañía de mi buen padre, y allí nos casamos, teniendo á poco tiempo el dolor de perderle. A su muerte heredamos un capitalito que tu padre quiso aumentar con el comercio. Pusimos, pues, cerca de Burdeos un modesto establecimiento donde naciste tú y donde pasé tres años de dicha sin nubes.

Después de aquellos años tranquilos vinieron muchos disgustos.

Yo veía aproximarse con alegría el momento en que iba á tener otro hijo, cuando recibí la siguiente carta:

«Comprendo que me he portado muy mal contigo. Las faltas y las desgracias que me anunciaste se han cumplido. Voy á ser madre, y la ausencia de mi marido en la época en que he faltado á mis deberes hace imposible la tentativa de engañarle. ¡Ten compasión de mí, Adela que-

»rida! Hasta ahora he podido ocultar mi estado, pero dentro de quince ó veinte días, si R.... no viene y tú me abandonas, estoy perdida. Te he ofendido.... razón de más para que me proteja un alma como la tuya.

»P. S. Todas las noches me paseo por el parque bajo los cedros....»

Cuando leí esta carta, quise partir en seguida para Mauville; pero tu padre me detuvo.

—Tu presencia allí—me dijo—no haría más que confirmar las sospechas que todos deben tener. Yo iré por la joven marquesa, la robaré si es preciso y la ocultaré aquí cerca.

Y partió después de haberme dado sus instrucciones.

—¡Tu padre, el contrabandista, tenía un gran corazón! Merecía bien el amor que yo le profesaba. Resuelto, activo y prudente, consiguió llevar á cabo su empresa. No se presentó en el castillo, donde hubieran reconocido fácilmente á *Moreno* (tal era su antiguo apodo cuando estaba allí de pastor) y esperó á Fanny en el parque, donde la aconsejó que huyese con él.

El marqués estaba ausente por tres días, y Fanny había reñido violentamente con su madre política aquella misma noche.

—Tomad ese pretexto—le dijo tu padre—para escribir una carta en que digáis que el odio de la marquesa os causa tal desesperación, que ya no volverán á veros en esta vida. Nada más ni menos. Creerán en un suicidio y os buscarán en todos los alrededores de Mauville. Entre tanto tendréis tiempo de ir á Burdeos sin que nadie siga vuestras huellas.

—¿Y después?—dijo Fanny.

—Después, ya veremos. Sobre todo, no llevéis nada con vos; ni efectos ni dinero. Nadie hace preparativos cuando se va á matar.

Al cabo de un cuarto de hora, la marquesa de Mauville, siguiendo los consejos de mi marido, se alejaba con él disfrazada con un traje de aldeana.

Yo los esperaba á poca distancia de Burdeos, y todos juntos nos dirigimos á casa de una hermana mayor de tu padre, mujer muy buena y entendida en todos los cuidados que el estado de Fanny necesitaba.

Algunos días después vino al mundo tu hermana Juana. Su madre, llena de esperanzas y de ilusiones, se creía salvada ya.

La recién nacida fué llevada al hospicio é inscrita con el nombre de Juana, hija de padres desconocidos. En seguida se la sacó de allí para en-

tregarla á los cuidados de una buena nodriza que nos habían recomendado.

Ocho días después Fanny estuvo lo bastante restablecida para venir á nuestra casa.

Entonces nos explicó sus proyectos. No quería volver á casa de su marido, y esperaba que sir Ricardo viniese por ella para irse juntos á América. El Sr. Brundel había ido á buscar el dinero necesario para el viaje, pues se encontraba en mala situación por aquella época, y en cuanto lo tuviera vendría á buscar á Fanny como había prometido.

—Pero ¿cómo sabrá que estáis aquí?—preguntó tu padre.

—Le escribiré.

—¿Y á dónde?

—¡Ah! no sé; fué á Inglaterra y ya debía haber estado de vuelta, cuando al ver que no venía escribí á vuestra mujer pidiéndole auxilio.

—De eso hace ya diez días; de modo que no sabemos si continuará en Inglaterra ó estará ya en el camino.

—¡Oh! desde hace algún tiempo cada día está en un sitio, pues va buscando por todas partes el dinero que nos hace falta para nuestro viaje á América y estancia allí. Así es que me iba dando diferentes señas para que le dirigiese mis cartas.

Hice observar á Fanny con toda la dulzura posible que no debía fiar mucho en las promesas de sir Ricardo, puesto que ya había faltado á ellas una vez.....

—¡Oh, no digas eso!—exclamó Fanny.—Entonces no me amaba como ahora, y además no me había hecho promesas tan terminantes. Ahora tengo en él una fe absoluta. Le escribiré aunque sean diez cartas á todas las direcciones que me ha dado.

—Si ha cumplido su palabra—dijo tu padre,—debe estar ahora cerca de Mauville. ¿En qué sitio acostumbraba á ocultarse para veros?

—En casa de un cazador.

—Pues entonces no escribáis, yo iré; pero antes reflexionad bien lo que vais á hacer.

—¡Oh, sí! reflexiona bien—añadí yo.—Tu falta es un hecho consumado que puede quedar oculto para siempre. Tienes una hija á quien amar, que vivirá lejos de tí; pero te juro que yo velaré por ella. El tiempo y tu buena conducta borrarán las sospechas que hoy has debido despertar, y llegará un día en que puedas llevar á tu lado á esa hija sin que nadie sepa quién es.....; pero para todo esto es necesario que vuelvas á casa de tu marido diciendo que has querido morir y que te ha faltado valor

para matarte, viniendo á buscarme á mí para que te aconsejara..... Esto obligará á tu madre política á tratarte con más consideración en adelante; y en cuanto á tu marido, á pesar de sus violencias, te ama, y con paciencia y sumisión puedes influir mucho sobre él. La vida es siempre agradable para el que cumple con su deber..... Créeme, debes romper con el Sr. Brundel y hasta ocultarle el nacimiento de esa hija.....

—No, no—exclamó Fanny;—he querido que lo sepa todo, y previendo que podría morir al dar á luz, le había escrito una carta..... Después he vuelto á escribirle participándole el nacimiento de Juana.

—Esa es una imprudencia. ¡ Dame esas cartas!

—Tengo además todas las que sir Ricardo me ha escrito, cuidadosamente guardadas en una cajita, que es el único objeto que he traído de Mauville.

—Dame todo eso para quemarlo.

—No se debe quemar nada—dijo tu padre.—Es necesario respetar el único lazo que existe entre la niña Juana y su padre. Dadme todas esas cartas, señora marquesa, y os juro por mi honor guardarlas bien.

Fanny entregó á mi marido el paquete de cartas que guardaba en su seno.

Cuando tu padre pidió á mi amiga las cartas, debió obedecer á una inspiración divina, pues á los pocos momentos se oyó un ruido de pasos por la escalera.

Mi marido creyó que llamaban de la tienda, y se apresuró á abrir la puerta.

Pero de pronto le oímos gritar con voz clara y alegre:

—Llegáis á tiempo, señor marqués. Precisamente en este momento hablábamos de vos, y yo iba á escribiros..... Entrad, entrad, y seáis muy bien venido.

Y tu padre se retiró para dejar pasar al marqués de Mauville, que apareció en la puerta pálido y con los dientes apretados.

Fanny cerró los ojos para no encontrarse con los suyos.

—Veo que no llego tan á tiempo como decís—dijo entonces el marqués.

—No lo creáis—dijo tu padre con la misma jovialidad;—pero la emoción..... el temor, influyen en la señora Marquesa.....

Y sin dejar á nadie que tomase la palabra, prosiguió vivamente:

—¿Habréis pasado gran inquietud? Podía haber sucedido una gran desgracia, pero afortunada-

mente no ha tenido lugar..... La señora marquesa dice que vuestra madre no la quiere..... eso será cierto, pero de todos modos no es una razón para matarse..... A Dios gracias, se ha hecho después cargo de que no había motivo para hacer una cosa así, y ha venido á buscar á mi mujer para que la aconsejase en su difícil situación..... Nosotros tratábamos de convencerla de que volviese á su casa, ó bien de que os escribiese; pero la señora se resistía algo..... ¡Ya se ve, la pobre estaba encolerizada!

—¿Y vos por qué no me habéis escrito?—dijo vivamente el marqués.

—Porque la señora marquesa nos amenazaba con irse á ocultar á otra parte, y mi mujer ha creído que era mejor ir obteniendo su consentimiento para avisaros, por medio de la persuasión..... y precisamente cedía á nuestras súplicas cuando habéis entrado.

—¿Es verdad, señora—preguntó el marqués á su mujer—que consentiais en volver á vuestra casa?

—Sí—respondió Fanny, á quien yo había reanimado, comprendiendo que si negaba nos iba á comprometer.

Después añadió levantándose:

—Estoy dispuesta á seguiros.

—¿Estáis en estado de partir al momento?—preguntó el marqués con aire de duda.

—¿Por qué no habla de estarlo?—replicó mi marido.—La señora marquesa ha tenido un gran disgusto y no cesaba de llorar; pero gracias á Dios y á los cariñosos cuidados de mi mujer, no ha estado enferma..... ¡Ah! veo que miráis nuestra pobre vivienda..... No es muy buena que digamos; pero está bien limpia, y pronto aumentará la familia que la ocupa, pues mi mujer me va á dar un segundo hijo.

Al hablar así tú padre no separaba sus penetrantes ojos de los del marqués, que estaban fijos en la cuna destinada á mi segundo hijo. Después su mirada se dirigió á mí y pudo apreciar que mi marido no mentía, pues si Fanny había conseguido disimular su estado, á mí me hubiera sido imposible.

Entonces el marido de mi desgraciada amiga pareció tranquilizarse y dijo tomando un aire de fingida calma, que no quería separar tan bruscamente á la marquesa de sus cariñosos amigos.

—Ahora—añadió dirigiéndose á Bielsa—quisiera hablaros dos palabras.

Salieron juntos, y el marqués entonces sacó un

papel de su bolsillo y dijo con tono imperativo, entregando aquel papel á mi marido:

—¿Dónde está el niño?

Tu padre vió que aquella era una carta de sir Ricardo que el marqués había sorprendido. Así, pues, había que renunciar á todo intento de engañarle.

—El niño ha muerto al nacer—respondió.

—¿Cómo ha sido inscrito?

—Hijo de padres desconocidos.

—¿Quién ha traído aquí á la marquesa?

—Yo.

—¿Para reunirla con su amante?

—¡Oh, no!..... para salvar su honor y el vuestro.

—*Moreno*—dijo el marqués sacando un bolsillo lleno de oro,—siempre me habéis servido bien, y ahora acabáis de hacerme un gran favor. ¿Puedo contar con vuestro silencio y el de vuestra mujer?.....

Tu padre rechazó el bolsillo con un movimiento tan enérgico, que éste cayó al suelo y el marqués tuvo que recogerle.

—Quiero—dijo tu padre—el dinero que gano con mi trabajo, pero no el que constituye una prueba de desprecio. Si no contáis con mi discreción, es porque nunca me habéis estimado, y en

ese caso hacíais mal en pagarme, porque las gentes que venden sus favores pueden venderos á vos del mismo modo. No quiero aceptar condiciones, sino ponerlas; por consiguiente, os prometo que me callaré, con la de que perdonéis á vuestra mujer y la tratéis con dulzura.

—Hoy por hoy—dijo el marqués con extraña sonrisa que no escapó á la penetración de tu padre—puedo olvidar el pasado, pero en el caso de que mi mujer acepte el presente.

Volvieron adonde estábamos nosotras.

En su ausencia, Fanny, presa de la mayor desesperación, se había exaltado mucho, y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

—Señora—dijo el marqués entrando,—todo está explicado y aceptado. Si no podéis vivir al lado de mi madre, nos estableceremos en otra parte. Además, Mauville no podría ahora recordaros más que cosas tristes, pues uno de vuestros amigos acaba de perecer allí de muerte violenta, sir Ricardo Brundel, vuestro compatriota, que al querer saltar un foso del parque, yendo de caza, se mató con su propia escopeta.

É inclinándose hacia la marquesa, le dijo en voz baja, pero no tanto que tu padre no pudiera oír sus palabras:

—Y del mismo modo perecerá su hijo si alguna vez le encontrase en mi camino..... En cambio, si prometéis la enmienda y el arrepentimiento, todo queda olvidado y perdonado.

El marqués había añadido estas últimas palabras asustado como nosotros de la expresión del rostro de Fanny, que se había puesto lívido y con los ojos fijos y vidriosos.

Su marido entonces le tendió la mano, pero Fanny no levantó la suya y permaneció inmóvil y rígida; estaba muerta.

Empleamos cuantos medios estuvieron á nuestro alcance para reanimarla, pero fueron cuidados inútiles.

El marqués se había puesto tan pálido como su esposa y agitaba los brazos, pronunciando palabras incoherentes como un loco.

—¡Cerradle los ojos!—exclamó.—¡Cerrad esos ojos terribles que no quieren apartarse de los míos!

Y salió corriendo sin hacer caso de nosotros que le llamábamos para tranquilizarle.

Quince días más tarde se presentó en Mauville atacado de una locura furiosa. Dos años después murió precipitándose desde una de las torrecillas de su castillo.

En cuanto á nosotros, horrorizados al ver á Fanny, llamamos en vano á un médico amigo nuestro, pero nada pudo volverla á la vida.

Había muerto como herida por un rayo al escuchar las palabras de aquel marido ultrajado que creyendo perdonar, mataba.

Algunos días más tarde di yo á luz una niña que nació casi ahogada y sólo vivió algunas horas, á la cual pusimos el nombre de Juana.

Al recibir este segundo golpe tomé horror á la casa en que vivíamos y quise mudarme, cuando tu padre me anunció un nuevo desastre. ¡Nuestro comercio había agotado todos nuestros recursos sin ofrecernos ninguna compensación!

Después de haber pagado todos los gastos de la modesta sepultura que dimos á Fanny sin intervención de nadie, nos quedó apenas con que ir á buscar trabajo á otra parte.

Tu padre había ya concebido un proyecto que no me confió. No estaba como yo abatido ni descorazonado, y juraba que saldríamos muy bien del desastre.

Habíamos adoptado á Juana como nuestra hija y estábamos resueltos á llevarla donde quiera que fuéramos, suponiendo que sir Ricardo había muerto y que la pobre niña era huérfana de padre y madre.

Partimos, pues, en cuanto estuve en estado de viajar, y nos dirigimos á San Juan de Luz, donde yo me dediqué al oficio de costurera y donde tu padre empezó á hacer, sin que yo lo supiera, las operaciones que ya conoces y que después supe yo con gran disgusto.

Supimos conjurar la miseria, pero aun éramos muy pobres cuando nos trajo aquí donde nadie nos conocía, y donde Juana pasó por nuestra hija á los ojos de todos.

No sabíamos lo que había sido del marqués, cuando un día hizo la casualidad que me encontrase con una vendedora ambulante á quien conocía mucho en Mauville, que me hizo saber su muerte. Entonces pregunté también por el señor Brundel, y me dijo que no le conocía. Insistí diciéndola que si no recordaba haber oído contar dos años antes una desgracia ocurrida en el parque de Mauville; pero la mujer me contestó que no había oído nada.

Pensé que el marqués se había alabado de un crimen que no había cometido y que sir Ricardo no había vuelto á acordarse buenamente del nombre de Fanny. Rogué, sin embargo, á tu padre que procurase enterarse de la verdad.

Habíamos conservado las señas del sitio donde

nos dijo Fanny acostumbraba á ocultarse cerca de Mauville, y mi marido se dirigió allí, consiguiendo inspirar confianza al leñador, del cual obtuvo los siguientes detalles:

El hombre dijo efectivamente haber dado asilo varias veces á un *elegante señor inglés*, á quien había acompañado muchas noches hasta el parque de Mauville. El leñador no sabía si aquel señor tenía citas con la marquesa ó con alguna de sus cuñadas.

Después pasó una temporada sin que el inglés volviese á su casa, hasta que una noche del mes de Junio de 1825 (precisamente la época en que Fanny le esperaba) volvió misteriosamente y el leñador ayudó á John, el ayuda de cámara, á prepararlo todo para un rapto.

Se dirigieron juntos al parque y cuando aun estaban lejos de los cedros, el inglés quiso que le dejasen sólo; pero apenas había andado cuarenta pasos cuando se oyó un pistoletazo y se le vió vacilar y caer. John entonces echó á correr, seguido del leñador. Al aproximarse pudieron ver al asesino que huía; pero no le siguieron para prodigar sus cuidados al inglés, que estaba tendido en el suelo como muerto. Sus dos compañeros le cogieron y le metieron en el coche preparado para

el rapto. Así llegaron hasta la ribera del Garonne, donde el ayuda de cámara mandó bajar al leñador, le dió una bolsa llena de oro y el cochero desapareció en la obscuridad. Nunca desde aquel momento había vuelto el hombre á oír hablar del *señor inglés*, ni se había atrevido á pedir noticias suyas.

Entonces renunciarnos á la esperanza, ó mejor dicho, al temor de que Juana fuese reclamada por su padre. Educamos á aquella niña con el mismo cariño que hubiésemos educado á la que acabábamos de perder.

Mi marido la llamaba, como recordarás, la hija de su corazón.

Más tarde, diversas casualidades nos hicieron saber que sir Ricardo había reaparecido en Londres después de una larga y cruel enfermedad y que iba á emprender un largo viaje.

No volví á saber más, hasta que tú me participaste tu singular encuentro con él en los Pirineos y la súbita y recíproca simpatía que os habíais inspirado.»

Aquí terminó mi madre su relato.

Entonces yo le pregunté cómo había sabido sir Ricardo que Juana era su hija, y cómo la quería tanto después de haberla tenido tanto tiempo

olvidada. Yo veía en aquella repentina ternura más bien un capricho que un verdadero sentimiento paternal.

Me extrañaba mucho, además, que al conocer mi nombre el señor Brundel no hubiese aprovechado la ocasión que se le presentaba para conocer con todos sus detalles la muerte de Fanny Ellingston.

—Eso lo explica una razón muy sencilla—dijo mi madre,—y es, que el Sr. Bruudel no había conocido nunca más que á Adela Moessart, hija del administrador de Mauville. Aun cuando al volver él al castillo después de mi partida le dijeran que yo me había casado con *Moreno*, el pastor, no era lo natural que preguntase el nombre de mi marido, y mucho más viendo que mi recuerdo causaba en Fanny triste impresión, por lo cual no debía figurarse que en un caso desesperado la marquesa había de acudir á mí.

Tu nombre no ha podido, pues, recordarle nada, y cuando te encargué que le hablastes de mí, lo cual tardaste mucho en hacer, no sé por qué, no sabía yo si había guardado de sus amores un recuerdo tierno ó amargo.

En medio de los tristes acontecimientos de que sir Ricardo fué víctima, no supo las verdaderas

circunstancias del nacimiento de Fanny y de la muerte de su hija. Llevado moribundo por su fiel ayuda de cámara, fué recogido y cuidado secretamente en una casa de campo de las cercanías de Burdeos; así es que en el momento en que la infeliz Fanny espiraba en mis brazos, estaba sir Ricardo muy cerca de ella moribundo también.

La herida no era, sin embargo, muy grave por sí misma, aun cuando sir Ricardo tuviese atravesado el hombro por una bala; pero la agitación de la huida y la exasperación moral le ocasionaron tan horribles accesos nerviosos, que los médicos desesperaban de salvarle. Después cayó en una completa postración, de la que no salía más que para pedir á John noticias de Fanny. John le engañó para tranquilizarle, y en cuanto le vió en estado de viajar, le hizo creer que la marquesa le esperaba en Londres. El fiel servidor quería alejar á sir Ricardo cuanto antes de los funestos lugares en que aun podía alcanzarle la venganza del marqués.

Llegado á Londres sir Ricardo, corrió á casa de su hermana para saber noticias de Fanny, y ésta le dió parte de su muerte, Lady C....., que era íntima amiga de la marquesa viuda de Mauville, había recibido dos meses antes una carta de esta

señora en que la anunciaba, fingiendo gran consternación, que su hija política, estando muy adelantada en su embarazo, había cometido la imprudencia de ir á hacer unas compras á Burdeos, donde había tenido una caída que había producido su muerte y la del hijo que llevaba en su seno. La marquesa viuda no ponía en duda la legitimidad de este hijo, probablemente para evitar un nuevo encuentro entre el marqués y sir Ricardo. Éste quedó completamente engañado por dicha versión, y como la marquesa viuda añadía una postdata diciendo que tenían la inmensa desgracia de que el juicio de su pobre hijo se hubiese trastornado por el dolor, sir Ricardo renunció á toda idea de venganza, y dice que hasta llegó á persuadirse de que el marqués había creído tirar á un ladrón que se introducía en su parque, no dudando de la fidelidad de Fanny, que había tenido la desgracia de morir accidentalmente antes de ser madre.

Transido de dolor emprendió entonces los largos viajes que han logrado distraerle y sostenerle durante tantos años.

Ahora sir Ricardo me ha confiado la verdad de los sentimientos que experimentó en aquel tiempo. Al principio amó á Fanny con más arrebatos que ternura; pero el día que ésta le dió la esperanza de

ser padre, juró consagrarse á ella por completo, y entonces fué cuando contrajo aquella enorme deuda con su hermana para asegurar á Fanny y á su hijo una existencia cómoda en América.

Después de la catástrofe su vida ha sido un continuo remordimiento y no ha vuelto á amar á ninguna mujer. No vió, pues, en la pobre Manuela vendida por su padre más que la ocasión de hacer una buena obra para expiar sus faltas, y más tarde, como te he dicho y como él repite á menudo, la ilusión de la paternidad que tanto había deseado.

Sólo me falta explicarte cómo sir Ricardo se figuró que Juana era su hija antes de saber nada.

Cuando tú le recordaste mi nombre, concibió el proyecto de venir á verme para hablar conmigo de Fanny, pues sabía que yo había sido su mejor amiga, y al mismo tiempo para preguntarme si sabía algo relativo á su muerte, aun cuando estaba muy lejano de sospechar que yo hubiese asistido á sus últimos momentos.

Así, pues, en cuanto hubo cumplido los últimos deberes con su hermana, vino á verme, y la casualidad quiso que Juana se encontrase sola en la casa. El señor Brundel quedó tan asombrado del

parecido de ésta con Fanny, que por un momento se quedó extático delante de ella, balbuceando palabras incoherentes.

Juana le hubiese tomado por un loco, á no sentirse muy conmovida ella misma, pues hacía mucho tiempo que había presentido ó adivinado el secreto de su nacimiento. Su romántica imaginación la ha hecho siempre esperar á su padre como á una especie de genio benéfico, y al ver ante sí á aquel hombre se sintió muy turbada. Llegué á tiempo para disipar su mutuo embarazo. Reconocí en seguida á sir Ricardo, é hice seña á Juana para que se retirase.

Entonces sir Ricardo me cogió ambas manos y exclamó con acento suplicante:

—¡Fanny!..... ¡esa niña!..... ¡explicadme, por Dios, ese parecido!..... ¡Habladme de Fanny Ellington!..... ¡de mi desgraciada y querida Fanny!

No quise confesar nada antes de haber penetrado sus sentimientos y conocido las causas de su aparente olvido. Cuando estuve segura de él, le revelé toda la verdad y le entregué todas sus cartas y las últimas que Fanny le había escrito y no había eriviado por no saber adónde dirigirlas. Le enseñé también el acta de nacimiento de su hija y el acta de defunción de la mía; pero sir Ricardo no nece-

sitaba de aquéllas para creer ciegamente en mi palabra.

Bien ves que nada tienes que temer de la autoridad de sir Ricardo sobre Juana. El señor Brundel no puede ni reconocerla ni adoptarla sin que se adivine el secreto de su nacimiento. Seguirá siendo nuestra para siempre.

—¡Ay! no tanto como crees—respondí tristemente;—está entusiasmada con ese padre romántico y fatal, y como es libre, puede seguirle al extranjero y llamarle allí «padre mío.» Creo que muy pronto le preferirá á nosotros.

—¡A mí no!—replicó vivamente mi madre;—desde que Juana conoce su historia, me quiere mucho más, y juró no separarse de mí en su vida.

—Pero será porque tú la sigas á todas partes, y yo entretanto me quedaré solo y abandonado de mi familia ahora que la quiero más que nunca.

Mi madre trató de tranquilizarme; pero la ví muy fatigada por la falta de sueño, y quise dejarla que durmiese las pocas horas que faltaban para que llegase la mañana.

Me despedí diciéndole que estaba muy contento y que la amaba más que nunca, pero llevando en el fondo de mi corazón una tristeza que no era fácil disipar.

XVII.

Al día siguiente mi madre y Juana salieron para Montpellier para asistir, como habían prometido, al matrimonio de Manuela con el señor Brundel.

La ausencia de mi familia no debía durar más que algunos días.

Traté de distraerme durante ella con el estudio y el paseo; pero á mi pesar me sentía invadido por una profunda tristeza.

Tenía desgarrado el corazón y sentía que copiosas lágrimas rodaban por mis mejillas sin que yo pudiera definir bien la causa.

La verdad, de que hoy puedo darme cuenta perfectamente, es que amaba á Juana con toda la fuerza de mi alma; pero mi amor estaba impregnado y como santificado en la costumbre de amarla como á mi hermana.

Mi madre había fijado el día en que vendrían; pero ese día llegó y las esperé en vano. Volví muy triste pensando que el señor Brundel las habría retenido y que Juana se habría quedado gustosa por complacer á su padre.